

Repensar la comunicación Popular - María Cristina Mata

En la actualidad es necesario hablar de cuáles son las condiciones para pensar la vinculación que puede existir entre comunicación y lo popular y pensar qué puede significar Comunicación Popular (CP).

La CP es una categoría y como tal nombra un conjunto de prácticas que no son necesariamente iguales y que se desarrollaron con el tiempo. Se la convierte en una categoría descriptiva pero se presentan problemas porque no sabemos qué es lo que se describe. Y esto se agrava hoy en día, cuando se ha producido un desarrollo histórico de las prácticas de la CP que tuvieron una continuidad, en la cual los cambios y las transformaciones fueron sucediendo paulatinamente.

Cuando se habla de CP uno se pregunta qué es lo que están nombrando. El origen de estas prácticas denominadas CP se ubica en los principios de la década del 60, en diferentes ámbitos de América Latina. Y empezaron a llamarse prácticas de CP, prácticas que fueron motivadas desde diversas corrientes teológicas, políticas, educativas.

Al hablar de corrientes teóricas nos referimos a la Teología de la Liberación que significó un pensamiento innovador, de ruptura con la teología oficial. Fue un movimiento protagonizado por sacerdotes y obispos de América Latina que colocaron al pobre en el centro de la reflexión teológica, para pensar la fe desde ahí. Corrientes políticas hace referencia a todas variantes del marxismo o del pensamiento socialista. Corrientes Educativas estaban motivadas en una corriente que en América Latina se llamo Educación Liberadora o Educación Teológica.

Pero más allá de estas motivaciones, lo que significó a todas bajo la categoría de CP, fue su finalidad política. Este es un elemento clave. Sin embargo, en aquellas épocas no era tan perceptible. Se recorrió un camino muy largo para que se impusiera esta confrontación.

Por ejemplo, se superaron discusiones en torno a si se podía hacer CP apelando a los medios de comunicación masiva, o a tecnologías complejas. Se discutía si la CP era sólo aquella que se hacía con medios técnicos precarios, una comunicación grupal o usando tecnología de primera. Otra discusión era si la CP podría ser llevada adelante por personas que no fueran integrantes de los llamados sectores populares.

Tras esas discusiones, en la década del 80, es que la CP dejó de ser categorizada por el tipo de medios que empleaba, o por sus productores, o incluso por los contenidos, para definirla por lo que ella busca y por los esfuerzos políticos y culturales que articula. Es decir, por su finalidad y por el modo en que es realizada.

En 1982, Hernando Martínez propuso una idea básica para entender la CP como práctica no autónoma sino como una expresión, como parte consustancial de una manera de existir y de actuar de los sectores populares. Él decía que lo que hace o no a la Comunicación es el contexto en el cual ella se produce, y la manera en que las prácticas se insertan en él. Ese contexto es el del enfrentamiento de los sectores populares frente al proyecto de dominación capitalista. Estas prácticas populares se insertan de modo tal que potencian la lucha que los sectores populares llevan frente a este proyecto. Finalidad que busca y modo en que opera en esa realidad. Años más tarde, Fernando Sandon planteaba que las prácticas de la CP eran tales si revelaban su organicidad respecto a las prácticas sociales de los sectores populares. Al hablar de organicidad entiende que si esas prácticas de comunicación se vinculan en el sentido de potenciar, colaborar, reforzar todas las prácticas sociales a través de las cuales los sectores tratan de revertir las situaciones de injusticia, de marginación y de exclusión que viven.

Es en ese tipo de reflexión donde la categoría de CP se emparentó con la de Comunicación Alternativa, pero dándole a la noción de alternativa una definición precisa: la condición de alterador. Alternativo es tanto alterador de un sistema de cosas dadas. En la vinculación con la noción de CP lo alternativo significaba alternativas para la construcción de otras relaciones sociales, de otra situación social, política y económica para los sectores populares.

Las alternativas comunicacionales eran el correlato expresivo de la construcción alternativas sociales y políticas. Era la dimensión cultural de las búsquedas sociales y políticas. Entonces, la CP, la comunicación alternativa era el nivel de correlato de las batallas sociales y de las políticas reivindicativas que los sectores populares desarrollaron. Por eso, es importante decir que el término popular, dentro de la categoría CP, no nombraba ninguna esencia ni principio identitario a proteger. No nombraba al pueblo, como ese lugar bueno y sagrado de la verdad, como aquello que debía ser preservado de la modernización. Lo popular identificaba a unos sectores sociales subalternos, es decir, privados de poder, despojados de poder de decisión de muchos terrenos.

En la década del 80 no se hablaba aun de globalización sino de transnacionalización, y podemos afirmar que los rasgos que definían a la CP no eran los rasgos que tenían esas prácticas en oponerse a lo transnacional sino por la construcción de otro proyecto social, el cual tenía diferencias con el proyecto capitalista transnacional, no sólo a nivel de la comunicación sino como un proyecto social global.

Algunos ejemplos: el carácter colectivo o comunitario de la CP era parte de la necesidad de construir el proyecto popular.

La modalidad horizontal dialógica, era una característica de la CP. Era la expresión de una voluntad antiautoritaria, democrática. Era la manera en que se quería construir la participación de las personas, una nueva lógica de poder.

La CP en la década del 70. Fue una época de auge. La década del 80 fue una época de crisis, tanto para el desarrollo conceptual como para las propias prácticas. Se empezaron a cuestionar las miradas esquemáticas y simplistas de la CP, porque la verdadera crisis para la CP no devino de que la cultura masiva fuera más exitosa sino de la profunda crisis que en la década del 80 empieza a sufrirse en toda América Latina. La verdadera crisis de la CP es la del contexto en el que se insertaba, como expresión y dimensión cultural de las prácticas de transformación social. Y, si bien el campo se achica, porque muchos intelectuales y prácticas desaparecen, en algunos casos, se fortalece.

La primera redefinición que sufren las prácticas de CP tiene que ver con la reapertura, en muchos países, de los sistemas democráticos de gobierno. Es un momento de redefinición muy fuerte porque en el paso de lo que era un Estado autoritario a un Estado de derecho, no sólo cambia el modo de operar de los sectores populares, sino también de los medios masivos. (temáticas que estaban excluidas de los medios masivos y de las que se hacían cargo los sectores populares, empiezan a estar en todas partes)

Hay nociones como la de pluralidad que antes no estaban presentes. Se alude a que dentro de los sectores populares las cosas no son homogéneas, que lo popular no agota lo que son los sujetos. Los sujetos pueden ser sujetos populares, pero somos hombres y mujeres que tenemos necesidades distintas y vivimos y padecemos situaciones distintas. Además porque somos viejos y jóvenes, y hay exclusiones, desigualdades generacionales, que no se agotan porque todos seamos de determinado nivel socioeconómico o no.

Hasta el momento, lo que dejamos en claro, es que no importa cómo sean ni que medios usen las practicas de CP, sino que ellas no pueden pasar por alto su vinculación con las prácticas sociales organizativas, reivindicativas y políticas destinadas a revertir procesos que podríamos llamar exclusión, marginación, con prácticas que cuestionan e intentan revertir los modos de distribución de poder en nuestra sociedad.

Estas prácticas tienen un carácter preciso, porque las prácticas de CP tienen su especificidad: cuestionan los modos en que el poder se concentra a nivel de discurso social. Se entiende por discurso social los temas, los modos de decir, los sujetos que pueden decir y también lo no dicho, lo que se calla. Pero por sobre todo, son las reglas, formuladas o no, que permiten el decir en una sociedad.

La especificidad de las prácticas de la CP consiste en que intentan revertir un discurso social hegemónico; revertir las legitimidades discursivas que determinan que en nuestra sociedad unos sean los sujetos que pueden hablar en público. Revertir también la ausencia de ciertos temas, hay algunos temas que no se tocan. Revertir también ciertos modos de decir. No se dice modos de decir en términos de corrección (si hablan mal o no) sino en términos de origen (modos de hablar de diferentes etnias). La CP tiene una zona específica mas allá de reconocer la situación de marginalidad de los que socioeconómicamente podemos denominar como sectores populares. Es necesario ubicar esas zonas que están marcando las fracturas más fuertes en la sociedad, que estaba representando los conflictos más básicos para poder romper y trastocar las hegemonías discursivas que implican exclusiones a distintos niveles. Siempre debemos tener en claro quienes son los sujetos excluidos, y en el marco de qué proyecto social o político vamos a articular la acción. Porque de lo contrario nos puede pasar que la CP puede convertirse en una alternativa que no sea alteradora del orden sino ser una alternativa para que uno se sienta mejor. Debemos preguntarnos, cuál es el contexto en que la práctica se inserta en función de potenciar o de diseñando un posible cambio. Con cambio no nos referimos a la toma de poder, cambio global y total del sistema sino cambios, como múltiples cambios que en distintos niveles puedan restaurar lo que simplemente está roto.

COMUNICACIÓN POPULAR: DE LA EXCLUSIÓN A LA PRESENCIA – María Cristina Mata

A fines de 1983, el CIESPAL (Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina) dedicó un espacio a la cuestión de la Comunicación Popular.

Es necesario cuestionar lo que es CP. Me refiero a la idea según la cual la CP sería una modalidad comunicativa tal como pueden serlo la comunicación educativa, la científica, la masiva, etc. Cuestión de técnicas o cuestión de áreas de aplicación, de alcance, de metodologías de producción.

Desde esa perspectiva, basta construir un buen modelo teórico, proponerlo luego como referente y confrontar cada experiencia particular con ese objeto ideal. Así uno puede establecer niveles de “popularidad” de una práctica, poca participación en ésta, poco control de la organización de base sobre la gestión del medio en aquella, contenidos alejados de la problemática del sector en varias, etc. Tanto se ha difundido

ése modo de comprender la comunicación popular que es frecuente toparse con gente que acude a quienes se suponen entendidos en el tema para que evalúen las experiencias que desarrollan para que se las tome como populares o se las excluya de tal categoría.

Para hablar de CP volvemos a un verso de Raimon en el que se plasma la idea de un “silencio no resignado”, de un silencio secular, que quieren romper las gentes que andan buscando vivir en libertad. Vuelvo a la idea de la palabra colectiva que va nombrando una realidad que es la de los sectores populares y que al nombrarla la va tornando visible, identificable, significativa. No se trata de técnicas ni de medios ni de metodología de acción. Se trata de hablar de los sectores populares, de su situación, de sus modos de vivir y de pensar su vida, de sus necesidades y deseos, de lo que mueve en algún momento a hablar públicamente, a hablarse entre si y para los demás. Si se piensa la comunicación como un conjunto de intercambios a partir de los cuales se van procesando identidades, normas, valores se van articulando intereses, se van acumulando y legalizando saberes y poderes, es inevitable reconocerla como espacio de privilegiado para la construcción de diferentes sentidos del orden social. Es decir, como un terreno a partir del cual diferentes actores propondrán sus propios sentidos de ése orden, que competirán entre si para convertirse en sentidos hegemónicos. Son esos intercambios y el terreno que ellos dibujan los que constituyen la estructura comunicativa de nuestras sociedades y no las redes tecnológicas existentes. En este sentido, es productivo el planteo de Munizaga que “el sistema de comunicación de una sociedad está constituido por una red de oportunidades potenciales o actuales de habla y por un discurso social que se produce y reproduce en ellas haciendo posible su operación” y al explicitar “ las hablas disponibles de una sociedad son el resultado de una práctica comunicativa en la cual están presentes los resortes del poder y del disciplinamiento social, a través del silenciamiento de zonas expresivas, el realce de otras y jerarquización de todas “.

Si volvemos a la estructura comunicativa de nuestras sociedades, a esa trama de discursos que diferentes sectores pueden articular públicamente, advertimos la no actualización de una serie de hablas que remite necesariamente a la exclusión de unos hablantes. Mientras unos sectores pueden desplegar su discurso ante el conjunto de la sociedad en distintos espacios y oportunidades, otros sectores carecen de esa posibilidad. Y, lo que es más grave aun, impedidos históricamente de participar en la producción del discurso público, no llegan ni siquiera a reivindicar su legítimo derecho a hacerlo, internalizado su exclusión y naturalizándola, dificultando su intelección como parte de la exclusión económica, social y cultural que padecen.

Sin embargo, desde el campo de lo popular, desde el conjunto de clases y grupos subalternos, también se ofrece resistencia, también se trabaja y lucha por modificar ese ordenamiento excluyente. Es allí que van apareciendo las diversas formas de comunicarse de los grupos excluidos, que comienzan a actualizarse sus hablas. Es así que comienza a producirse un nuevo discurso: el de un nosotros que permite reconocerse y mostrarse ante los demás.

Se pregunta cuáles eran las principales necesidades comunicativas en América Latina y cómo se manifestaban? La respuesta es, que esas necesidades no se autogeneran sino que se inscriben dentro de sus necesidades más vitales.

Podríamos dar muchos ejemplos pero siempre encontraríamos una constante: en sus esfuerzos por transformar sus condiciones de vida e ir creando un nuevo orden social, lo que implica una resistencia o enfrentamiento con el orden hegemónico, los sectores subalternos van experimentando diversas necesidades que pertenecen al terreno de la comunicación y la cultura, el campo de las relaciones y los intercambios simbólicos. Necesidades que tienen que ver con la producción de sentido y que podemos intentar precisar del siguiente modo:

- Necesidad de informarse adecuadamente: una información que les es negada por los medios existentes.
- Necesidad de reconocerse a sí mismos como sujetos de la historia.
- Necesidad de comprender su realidad. De elaborar una explicación acerca de su situación de subalternidad y de poder expresarla para compartirla con sus iguales.
- Necesidad de mostrarse al conjunto de la sociedad haciéndole conocer su realidad y sus proyectos
- Necesidad de lograr formas auténticas de participación. Formas de compartir la palabra y el poder.

Lo que una significativa corriente de pensamiento viene denominando en América Latina como comunicación popular es el conjunto de prácticas a partir de las cuales los grupos populares van satisfaciendo sus necesidades lo que representa además un modo de ir constituyéndose como actores sociales, un modo de ir construyendo su identidad y sentando las bases de un diferente ordenamiento social.

La búsqueda de la autoexpresión, de la participación en la generación del discurso público constituye el rasgo de lo definitorio que quedamos en llamar comunicación popular y equivale a tratar de transformar la exclusión en presencia, el no reconocimiento en legitimidad.

De ahí que podamos identificar la comunicación popular con el conjunto de prácticas en las cuales unos nuevos actores comunicativos (los populares) se harán visibles ante sí y ante la sociedad de manera tan precaria y contradictoria, pero tan particular y significativa como los son su vida y su cultura, como lo son sus movimientos sociales que generan y los expresan.

Pensada desde esta perspectiva, la CP revela su carácter alternativo. Pero no como opuesto a los grandes medios sino en razón de su intencionalidad y potencialidad para modificar un orden monopolizado por pocas voces.

A menudo las prácticas populares apelan a formas interpersonales porque en muchas ocasiones, esas prácticas recuperan, revalorizan y transforman prácticas culturales fundadas en la palabra y el diálogo, en el gesto y el rito, en el contacto, en las relaciones cortas.